

Conozco al pintor Vicente Villarrocha (Apuntes alrededor de la sustancia y de la acción)

B. GIMENO

En esta nueva publicación, que nace con el natural entusiasmo y esfuerzo, propio de la tozudez y consecuencia de las dos cosas (esforzado entusiasmo, quiero decir) se inaugura esta sección que pretende dar noticia de lo que, aún hoy, sigue siendo habitual, y sustancia una tradicional acción (un «valor añadido») a la práctica docente.

Me refiero a la «presencia personal» de muchos trabajadores de la enseñanza en el territorio del «hecho creativo». Por supuesto que hay otros entornos laborales donde pasa lo mismo (como acción «personal», insisto), aunque pocos donde se potencie tanto. Incluso como lugar natural.

Pero a lo que estamos: conozco al pintor Vicente Villarrocha desde «toda la vida», si me permiten el lugar común, y me pide otra vez que le resuelva en unas pocas líneas el famoso e imperativo ripio categórico de José Luis Perales: ¿y quien es él, y a qué dedica el tiempo libre?

Lejos de pretender una explicación de la vieja idea de Stevenson sobre la dualidad, pero con la intención de reflexionar en los entornos de la pluralidad que, aún hoy compleja, engloba desde el extraño (por enfer-

mizo) caso del doctor Jekyll y que pasa, sin ir más lejos, por las contraposiciones de Kierkegaard (las no menos febriles patologías de lo ético y lo estético), sí que voy a intentar solucionar el encargo y «dar noticia» de un sujeto que, aún hoy, me repite irónico una pintada anónima recogida en Nanterre aquel lejanísimo mayo adolescente: «el acto instituye la conciencia».

* * *

Vicente Villarrocha Ardisa nació un 11 de septiembre en la Mutua de Accidentes de Zaragoza, mediado el siglo pasado, y presume de su infancia en un incipiente barrio obrero alrededor de las viviendas que el régimen de entonces proporcionaba.

Tuvo la suerte de cursar el bachillerato «de letras» en el Instituto Goya y luego ingresó en la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos de la plaza de Los Sitios (entonces de un tal José Antonio), donde se graduó, compaginando su formación artística «sustancial» con el trabajo nutricional que el entorno de las artes gráficas ofertaba a dibujantes aprendices (hoy diseñadores gráficos).

La provinciana evolución de la tecnología en las imprentas zaragozanas en la década de los setenta (del siglo pasado), recondujo el interés profesional al ya por entonces pintor en activo hacia la fotomecánica y la reproducción. Un oficio hoy difunto en lo formal, o «artesano», pero en plena convivencia con los comportamientos mas novedosos de las tecnologías digitales.

Sin abandonar la práctica de la pintura, ni en lo formal, ni en lo reflexivo, a finales de los años ochenta Vicente Villarrocha obtiene la plaza de Maestro de Taller de Fotografía y Procesos de Reproducción en la Escuela de Artes de Zaragoza. Actividad docente hoy que sigue trabada gustosamente a una actitud —«actoral» se podría decir— en el, aún hoy complejo (y plural), hecho creativo. Al menos en ese terreno parcelado de la vieja práctica de la pintura. Una manera, como cualquier otra, de seguir siendo una «persona».

Existir es una situación plural y, naturalmente, compleja. En un libro «antiguo», editado en Madrid en 1899 en la imprenta de Enrique Rojas y titulado *Estudios*



En esta página:
El laberinto del Tiber, 2004.
Colección particular

Página siguiente:
Arte d'Oggi, 2002.
Colección del autor





En esta página:
Ulises en el Sena, 2006. Colección Cortes de Castilla-León

Página siguiente, abajo:
Venezia (interior del último sombrero), 1985. Colección Cortes de Aragón

Página siguiente, arriba:
La playa de Orán, 1995. Colección del autor

y *Fragmentos sobre la Teoría de la Persona Social*, su autor Francisco Giner (Profesor en la Universidad de Madrid y en la Institución Libre de Enseñanza, según se reseña) escribe: «la palabra “persona” indica sobre todo un ser que subsiste y vive por sí, con propia espontaneidad y energía, causa interna y radical de sus hechos, que se producen por él mismo».

* * *

Les voy a contar lo mismo de antes, de la misma persona, aunque de otra «manera»: Vicente Villarrocha nace en Zaragoza el año 1955, desde muy joven se inicia en la práctica de la pintura animado por su tío Fernando, que compaginaba su trabajo de delineante con su práctica de la pintura como «aficionado».

Se presenta a premios y concursos, y participa en alguna exposición colectiva. En 1973, con compañeros de la Escuela de Artes, cofunda el grupo Algarada, que realiza su primera exposición en la Sala de la misma Escuela en enero de 1974. Ese mismo año exponen en La Taguara (un desaparecido espacio que, aún hoy, tiene «traducciones» imprescindibles). En 1975 expone *Algarada* en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza y en 1976 en la Galería Atenas (otro cadáver exquisito).

En fin, los años setenta del siglo pasado son, en la práctica del «militante» hecho creativo, agua pasada y los años ochenta son un tiempo del que no hay que avergonzarse. En esa década Villarrocha expone individualmente y con otros compañeros de generación en Zaragoza: en las ya historiografiadas Patagallo y Caligrama, en la librería-galería Muriel y en la sala Libros. Y en muestras institucionales de las que la década fue generosa productora. También expone sus pinturas en Pamplona, en Vitoria, en Madrid, y va afirmando una manera de relación con el lenguaje de la pintura que le llevará a la «palabra pintada» (más en el sentido de sintaxis de la imagen de Dondis que en el del título del «Balzac de Park Avenue», Tom Wolfe).



Y comienza a escribir de pintura (en *Andalán*, conmigo), actividad que, aún hoy, no ha abandonado.

Los años noventa sustancian una toma de posición en nuestro artista que se concreta en trabajos serios decididamente narrativos. Aparecen en sus exposiciones los «títulos». Antes sus muestras se presentaban como «pinturas de» y desde entonces se enuncian como acciones: *Un Río de Puentes* (1991), *Manzoni en Giverny* (1993), *La playa de Orán* (1995), *Fondos de inmersión y Fortea-Venezia* (1999), *Arte d'oggi* (2002), *Caro Enzo y Roma* (2004) y *Ulises en el Sena* (2007).

En los primeros años noventa organiza las páginas de arte de *El Día*. Y escribe, aún hoy, en... En fin. Todo esto, como apunta Goffman, estigmatiza y deteriora la identidad. Me acuerdo de un aforismo que le repito al viejo Villarrocha: «el hombre no es hijo de las circunstancias. Las circunstancias son hijas del hombre». Las circunstancias condicionan, claro, pero nunca «determinan». Y de otro (más profundo): «si no lo veo no lo creo».

* * *

No he hablado nada de la pintura de Vicente, pero ya salen en esta publicación algunas imágenes. Javier Cercas afirmaba hace poco: «la literatura no es una cuestión de tema, es decir, de fondo, sino de forma». La pintura de Villarrocha es justo al revés (tema, fondo y forma).

* * *

Conozco bien al pintor/profesor del que les hablo, un tipo al que lo que más le gusta es tomar vermut (con tapa y amigos), viajar al tiempo y presumir de vago. Y me permito sugerir que en la siguiente entrega de esta publicación, escriba él, dando noticia de otros «estigmatizados docentes» que llenarán, legítimamente, estas páginas de acciones sustanciales.